



Ingratitudes

Parece que fué ayer ¡y ya han pasado
completos cuatro lustros!
Cuatro lustros que son, según mi cuenta,
y en lenguaje vulgar, veinte años justos.
¡Veinte años! Es decir, que yo tenía
entonces los veintiuno...

ó veintidós. Por año más ó menos,
ni riño, ni cuestiono, ni discuto.
Parece que fué ayer ¡y todavía
al recordarlo me avergüenzo y sufro!

Bajaba yo al Colegio de San Carlos,
pensando en los exámenes de Junio,
cuando en la acera y al doblar la esquina
de la calle de Atocha, veo un grupo
de gente. Me aproximo,
y—¿qué ha pasado?—á una mujer pregunto.
—Pues, nada, caballero, una señora
que de pronto aquí mismo se indispuso.
Me abrí paso; acerquéme á la paciente,
y le tomé con gravedad el pulso.
No era nada. Una simple lipotimia;
un *patatus*, como lo llama el vulgo.
Levanté suavemente su cabeza;
le hice tomar un poco de bromuro,
y á los pocos momentos ya le había
pasado por completo el arrechucho.

—¡Oh, gracias, caballero! dijo entonces
una joven más fresca que un capullo,
de airoso porte, de maneras finas,
de negros ojos y cabellos rubios...

—Yo... señorita... repliqué cortado,

y ante belleza tal quedé confuso.

—¿Te sientes bien, mamá?

—Sí, vida mía
estoy mejor. Marchémonos al punto.

—Acepte usted mi brazo.

—¡Ay, caballero!

Sentiría abusar...

—Lo hago con gusto.

Y marchando los tres poquito á poco,
llegamos á la calle del Saúco.

—Suba usted y descanse.

—Muchas gracias.

—¡Sí, suba usted!

—Pues me lo mandan, subo.

Le voy á recetar una mixtura,
con la que usted se alivia, de seguro.
Y subí; receté y ¡ay! aquel día
brotó la llama del amor oculto;
de un amor vehemente, apasionado;
de un amor que me expuso
á perder la salud y los ahorros,
y casi, casi, hasta perder el curso.

Era Elena muy guapa, lo confieso,
y á veces muy amable; ¡pero mucho!
Y era doña Rosario una señora

algo grosera y de carácter brusco.
 Vivían las dos solas. He mentido.
 Solas no, que vivían con un chucho;
 un perrito faldero muy mimado,
 muy goloso, muy feo y muy lanudo.
 Se llamaba *Pichichi*. ¡Los bizcochos
 que me costó el dichoso animalucho!

—

Cinco meses duraron mis amores.
 Cinco meses de afanes y de apuros;
 pues entre flores, dulces y teatros,
 y cafés con tostadas... y otros lujos,
 yo, infeliz, me veía y deseaba,
 para sufrir derroche tan mayúsculo.
 Pero, al fin, el amor todo lo puede,
 y en aquella ocasión todo lo pudo.
 Es decir, todo no. Cierta mañana
 doña Rosario me soltó un discurso,
 para contarme, entre suspiros hondos,
 por centésima vez sus infortunios;
 y después de abrazarme cariñosa,
 llamándome hijo suyo,
 acabó por pedirme ochenta pesos,
 que reclamaba un primo del difunto.
 ¡Pedirle suma tal á un estudiante
 es no tener vergüenza... ni recursos!

—¡Ay, señora!—le dije—francamente,
 el trance es para mí terrible y duro.
 Si se tratara sólo de dos pesos,
 ó de cincuenta reales á lo sumo,
 yo diría en seguida: «Aquí los tiene;»
 ¡pero esa cantidad!...

—¡Cómo! ¡Qué escucho!
 ¡Duda usted de que yo se la devuelva?
 —¡Dudas de mi mamá?

—¡Si yo no dudo!
 —¡Dice usted que no tiene ese dinero?
 —¡Qué he de tener?

—¡Pues pídaselo á alguno!
 —¡Yo, señora, no pido lo que ignoro
 si podré devolver!

—¡Oyes qué insulto?
 ¡Esa es una indirecta!

—Yo le ruego...
 —¡Mamá dice muy bien! Y ya te juzgo
 indigno de mi amor.

—¡Por Dios, Elena!
 —¡Y dices que me quieres!

—Yo...
 —¡Perjuro!

¡Ingrato! ¡Desleal!
 —Calma, hija mía.
 No te tomes, por Dios, ese disgusto.

—Tiene razón. ¡Pues hemos concluído!
Lo que sobra son novios en el mundo.

—Pero, mujer...

—Lo dicho, caballero.

¡Ofender á una dama! ¡Eso es lo último!

—Repito que yo....

—¡Basta! ¡Esa es la puerta!

—¡Pues, abur!

—¡Hasta nunca!

—¡La del humo!

¡Abandoné la sala acongojado,
y al encontrarme en el pasillo oscuro,
vi que sólo *Pichichi*, cariñoso,
salía á despedirme triste y mustio!

—
Al verme despreciado de tal suerte,
sentí brotar mi natural orgullo;
péro pensaba en ella, y conocía
que estaba enamorado como un bruto.
Un mes pasé sin verla; y una tarde
la encontré con su madre y con el chucho.
Yo no sé que sentí, pero es lo cierto
que en la garganta se me hacía un nudo.
Las miré; me miraron; pero ¡nada!
continuaron impávidas su rumbo.
Las saludé cortés... ¡y ni siquiera

correspondió la ingrata á mi saludo!
Sólo el *Pichichi*, que me vió de lejos,
corrió á mi lado; me miró con júbilo,
y mientras yo buscaba en los bolsillos
algo con qué pagar su amor perruno,
me olió las botas, levantó la pata,
¡y el grandísimo sucio
me echó á perder un pantalón á cuadros
que me había costado siete duros!!...



Cositas

I

Con dinero, producto de la usura,
edifica diez casas don Ventura,
y así afirma el grandísimo tunante
que tiene una conducta *edificante*.

II

¿Se casa Juan con Irene
por poder? ¡No puede ser!
Se casa por *no poder*
pagar las deudas que tiene.

III

De Cádiz viene Pepito
y su suegra á Cádiz va.
*«Si en el camino se encuentran,
¡qué de cosas se dirán!»*



A un sacamuelas

Te encontré, por mi desgracia,
en la calle el otro día,
á tiempo que yo salía
de comprar en la farmacia
de R. Coipel, un frasquito

de magnesia efervescente,
que es una cosa excelente
para abrir el apetito.

—¿Tú en Madrid?

—Aquí me tienes.

—¿Con un empleo?

—¿Estás loco!

—¿Has heredado?

—¡Tampoco!

Me he dejado de belenes
y de ser un perdulario;
cambié de rumbo y destino
y ya me encuentro en camino
de ser pronto un millonario.
¡Soy dentista!

—¡Tú!

—¡Sí tal!

¡Doctor!

—¿Doctor?

—¡Sí, señor!

—No sabía...

—¡Soy doctor

en cirugía dental!
Opero admirablemente
y sin usar la anestesia.
¿Qué frasco es ese?

—Magnesia

granular efervescente.

—¿Magnesia? ¡Qué tontería!

—Pues yo le tengo afición.

Me activa la digestión
y me cura la acedía.

—Estás malo porque quieres,
y eso ni alivia ni cura...

Tendrás mala dentadura
y por eso no digieres...

—¿Mala dentadura yo?

¡Si es de primer orden!

—¿Sí?

¡A ver, á ver!

—Hombre, ¿aquí?

¿en la calle?

—¿Y por qué no?

—Porque pasa mucha gente,
y se burlará el que pasa.

—Pues bien, vamos á mi casa;
está muy cerca, allí enfrente.

La consulta he terminado,
pero para ti estaré...

—Deja, mañana vendré.

—Sube, no tengas cuidado.

Te haré un reconocimiento.

—Pero si es que yo...

—¡Adelante!

Te despacharé al instante,
sólo es cuestión de un momento.
Siéntate aquí, en el sillón.
—Me temo...

—¡Qué desatino!

Ya verás cómo domino
el arte de la extracción.

—¡Caracoles! ¡Por piedad!

—¡Soy muy perito en el arte!

—Pero si yo...

—Quiero darte
una prueba de amistad.

¡Ay qué raigón! ¡Y qué diente!

¡Y qué muela! ¡Y qué colmillo!

—¿Eh? ¿Qué es eso?

—¡Es el gatillo!

—¡Pues no dispaes! ¡Detente!

—¡Vamos!

—¡Ay!... ¡Ay!...

—¡Aprensiones!

—¡Ay!

—¡No sale!

—¡Ay!

—¡Calla ya!

¡No sale, pero saldrá!

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay! ¡Siete tirones!

—¡Vamos al octavo!

—¡No!

¡No quiero!

—¡Qué tontería!

¡Si no salió todavía!

—¡El que va á salir soy yo!

—

Y dicho y hecho: salté
del sillón; tomé la puerta,
y con la boca aun abierta
á la calle me lancé.

Pensé entonces en callar
y en no desacreditarte;
sufrir en calma y dejarte
vivir y farsantear.

No le dije á nadie nada,
porque, al fin, eres mi amigo;
pero hoy has hecho conmigo,
doctor, una granujada.

Me pasas la cuenta, y ya
te desacreditaré.

Tu cuenta la guardaré;
pero ¿pagártela? ¡Quíá!

No han de servirte tus tretas.
¡Qué grandísimo bribón!

«*Por intento de extracción
de un diente, quince pesetas.*»

¿Pretendes salir de apuros
con mis cuartos? ¡Qué inocente!
¿No puedes sacar un diente
y quieres sacar tres duros?

Al fallo público entrego
tu impericia y tu insolencia,
y reniego de tu ciencia
y de tu amistad reniego.

Que aunque te llames doctor
en cirugía dental,
¡serás siempre un animal
de los de marca mayor!



La muñeca

En una noche de Enero
una niña pordiosera,
con los pies casi desnudos,
con las manecitas yertas,
cubriendo, á modo de manto,
con su falda la cabeza,
y sin temor á la lluvia
que más cada vez arrecia,
contempla, extasiada y triste,
el interior de una tienda

que por su gusto en juguetes
es en Madrid la primera.

—¿Qué haces aquí? le pregunta,
con voz desabrida y seca,
un dependiente, empujando
á la niña hasta la acera.

—Déjeme usted! ¡Si es que estaba
mirando aquella muñeca!

—¡Vaya! Retírate pronto
y deja libre la puerta.

—Dígame usted. ¿Cuesta mucho?

—¿Quieres marcharte, chicuela?

—¿Será muy cara, verdad?

¡Lo que es como yo pudiera!...

—¡El demonio de la chica!

¿Pues no quiere comprar ella?...

Lárgate á pedir limosna

y déjate de simplezas.

La muñeca que te gusta

vale un duro, conque ¡fuera!

—
Marchóse la pobre niña
ocultando su tristeza...
En vano pide limosna...
Ninguno escucha sus quejas...
Y desfallecida y débil



cruza calles y plazuelas
recordando en su amargura
la tentadora muñeca...

...
—¡Caballero, una limosna
á esta pobrecita huérfana!
—Déjame, que voy de prisa.
—¡Por Dios, señor! Aunque sea
un centimito!... ¡Tengo hambre!...
—(¡Pobre niña! ¡Me da pena!)
Toma.

—¡Señor! ¡Si es un duro!
—Te lo doy para que puedas,
siquiera por esta noche,
tener buena cama y cena.
—¡Déjeme usted que le bese
la mano!

—Quita, tontuela.
—¡Que Dios se lo pague á usted!
¡Un duro!... ¡Estoy más contenta!...
¿No será falso, verdad?
—¡Cómo, muchacha! ¡Tú piensas?...
—No, señor... perdone usted...
Pero... ¡vamos!... la sorpresa...
¡Si voy á volverme loca
de alegría!... ¡Quién dijera!...
¡Que Dios le premie en el mundo

y le dé la gloria eterna!

Y apretando entre sus manos
convulsivas la moneda,
corrió por la calle abajo
veloz como una saeta.

A la mañana siguiente
se comentaba en la prensa
el hecho de haberse hallado
en el quicio de una puerta,
¡el cadáver de una niña
abrazado á una muñeca!



Vigilias

De buena tinta he sabido
que don Canuto Ledesma,
filósofo descreído,
ni un solo día ha comido
de *vigilia* en la Cuaresma.

Es un hombre tan glotón,
que entre renglón y renglón,
cuando se sienta á escribir,
se entretiene en engullir
rajitas de salchichón.

Personas muy ilustradas
dicen que están bien pensadas
las obras de don Canuto,
¡y afirman que son el fruto
de *vigilias* prolongadas!...



Cuestión de correo

Un joven amigo mío,
que es un poeta llorón,
sufrió de Inés el desvío

yo no sé por qué razón.

Y al ver su negra fortuna,
llorando de amor los daños,
fuése á contar á la luna
sus acerbos desengaños.

—«Escucha ¡oh luna adorada!—
el pobre chico decía:—
dile por Dios á mi amada
lo que siente el alma mía.

»Dile cuánto es mi sufrir;
dile cuánto es mi dolor,
y que me voy á morir
si no responde á mi amor.»

Creyó el pobre ¡qué tontuna!
que á Inés se lo contaría,
y hasta la fecha, la luna
no dijo esta boca es mía.

Viendo, con honda aficción,
que la dama de sus sueños
no daba contestación
á sus amantes empeños,
el triste vate ¡oh locura!
fuése á contar sus amores
al céfiro, que murmura
entre las pintadas flores.

—«Vuela ¡oh céfiro! exclamó
á besar sus blondos rizos,

y dile á mi Inés, que yo
me muero por sus hechizos.

»Dile que el desdén me mata,
que sufro horrible tortura,
y pide á esa bella ingrata
que calme mi desventura.»

Pero ¡ay! Inés ignoró
de su amante el padecer,
pues el céfiro le oyó
como quien oye llover.

—
Sin atender á razones,
tercera vez desatina
contando sus aficciones
á una veloz golondrina.

Y hubo aquello de:—«Sus galas
muéstrale á Inés, por favor,
y llévale entre tus alas
el suspiro de mi amor.

»Vuela á fabricar tu nido
encima de su ventana,
y dile cuánto he sufrido
por ser con mi amor tirana.»

Pero ¡ay desgraciado amante!
la golondrina ligera,

huyó del pueblo al instante
sin despedirse siquiera.

Triste el poeta quedó,
y en su afán siempre intranquilo,
cien mensajeros buscó
todos por el mismo estilo.

Por fin, un día le hablé
queriendo saber su mal.
—¿Qué tal de amor?—¡No lo sé!
—¿Oyó tus quejas?—¡No tal!
—¿Y aun la quieres?—¡Ya lo ves!
—¡Eres terco y me encorras!
Si tú deseas que Inés
llegue á saber que la adoras,
escucha bien mis razones,
porque te conviene oirlas;
no des esas comisiones
á quien no sabe cumplirlas.

Cesa en tu necia rutina;
no hagas petición ninguna
á la veloz golondrina,
ni al céfiro, ni á la luna.

Pues yo, francamente, creo
que fuera mucho mejor,

dar ese encargo al correo,
y, si acaso, al aguador.

—
Mi amigo el consejo oyó,
y poco tiempo después,
á una carta que escribió
grata respuesta dió Inés.
¡Ya pueden cantar albricias!
¡Ya satisfechos están!
Y según ciertas noticias
muy pronto se casarán.

Si él no sigue mi consejo
y no le escribe á su amada,
¡se hubiera muerto de viejo
sin que ella supiese nada!

—□—



Brindis

EN LA INAUGURACIÓN DEL ESTABLECIMIENTO
BALNEARIO DE BORINES, PROPIEDAD DE LOS
SRES. BALLESTEROS (DON SERRAPÍN Y DON LÁZARO)

Pues no me puedo negar
y aquí brindar es preciso,
nada tengo que objetar.
No falto á mi compromiso
y me levanto á brindar.

Pero estoy acobardado,
y es muy justo mi temor;
pues yo en mi vida he brindado
ni en presencia de un Prelado
ni en la de un Gobernador.

Y esto tal miedo me impone,
que hasta es cosa facilísima
que en mi brindis desentone;
pero... *Usia* me perdone
y absuélvame *Su Ilustrísima*.

Accediendo á la atención
de Serafín, vine al fin:
pues ¿qué hombre de corazón
se niega á una invitación
si la firma un *Serafín*?

Honrándome con un puesto,
—el último, el más modesto,—
en una fiesta como ésta,
vine con gusto á esta fiesta
que es hoy orgullo de Infiesto.

Que estas aguas excelentes
dan brillantes resultados,
lo afirman todas las gentes,
y los doctores presentes
y los doctores pasados.

Pero lo que aquí es mejor
y lo que yo considero

que da á estas aguas valor,
es que haya un buen cocinero
y que haya un buen comedor.

¿Qué importa que un manantial
en sus burbujas esconda
gran virtud medicinal,
si luego se come mal,
pero muy mal en la fonda?

Y aunque algún iluso opina
que sólo la medicina
hace las curas seguras,
¡ah, señores!, la cocina
hace también grandes curas.

«Si á casas de baños vas
(dice un autor de los buenos),
al punto conocerás
que si el agua es lo de más,
no es el vino lo de menos.»

Y aquí podrán los doctores
decirles á sus clientes:
—«Id á Borines, señores;
las aguas son excelentes
y los vinos superiores.»

Yo prometo, por quien soy,
pasar el verano aquí,
pues ya como un hecho doy
que se coma siempre así

¡y tan barato como hoy!

Brindemos, pues, de buen grado,
 porque llegue á los confines
 del mundo civilizado
 el nombre, ya acreditado,
 de las *Aguas de Borines*.



Ferrocarrilerías

Dicen que las empresas
 ferroviarias
 van á tomar medidas
 extraordinarias.
 Ignoro cuáles sean,
 pero ¿qué vamos
 á que perdemos sólo
 los que viajamos?

Pensar que esas empresas
 hagan favores
 no siendo á diputados
 ó á senadores,
 es pensar imposibles.
 ¡Ay del viajero
 que no es ni primo cuarto
 de un consejero!
 Ya sabe el pobrecito
 lo que le toca:
 pagar lo que le pidan
 y punto en boca.
 Puede ocupar un coche
 que va atestado.
 Puede llegar más tarde
 de lo fijado.
 Puede, si va dormido
 soñando amores,
 contar con esa plaga
 de revisores,
 que á lo mejor del sueño
 van los malditos
 á llenar los billetes
 de agujeritos.
 Puede, si yendo en marcha
 se ve apurado,
 no encontrar lo que busca

por ningún lado;
 que aunque lejos lo vea,
 no hay quien se baje
 y haga por los estribos
 tan largo viaje,
 para encontrarse al cabo
 de su destino
 con que ha perdido fuerzas
 en el camino...
 Puede, si el equipaje
 se le extravía,
 contar con que parezca.
 ¡Cuándo? ¡Algún día!
 Los baúles parecen
 tarde ó temprano,
 y si no es en invierno,
 será en verano:
 y hace mal el viajero
 si se incomoda
 al ver que ya sus trajes
 no están de moda;
 pues si el baúl perdido,
 que iba á Coruña,
 fué á parar á algún punto
 de Cataluña,
 bastante hace la empresa
 que al fin del viaje

no cobra el recorrido
 del equipaje...
 Puede, si en una fonda
 siente apetito,
 pedir un chocolate
 tan calentito
 que, por más que lo sople,
 como está hirviendo,
 no hay medio de tomarlo...
 ¡y al tren corriendo!
 ¡Y cuesta una peseta
 —¡qué disparate!—
 el soplar un pocillo
 de chocolate!
 Puede el pobre viajero
 que va en tercera
 (que viene á ser lo mismo
 que ir en perrera)
 contar con que en invierno
 muere de frío,
 y con que se achicharra
 si es en estío.
 Puede aquí el pasajero,
 de cualquier clase,
 pasar por lo que pasa
 quien va sin pase.
 Puede en los trenes mixtos

perder la calma,
 ¡y hasta puede en un choque
 romperse el alma!
 ¿De qué, pues, nos quejamos?
 ¡Qué tonterías!
 ¿A qué pedir rebajas
 ni economías?
 Elevemos al cielo
 nuestra mirada
 para que las empresas
 no acuerden nada,
 ó hagan á los que somos
 simples viajeros,
 diputados, ministros
 ¡ó consejeros!





Un buen negocio

Un pintor de lo peor
que se conoce en el gremio
y que tiene de bohemio
mucho más que de pintor,
encontróse el otro día
en no recuerdo qué calle,

si en la de Jesús del Valle
ó de Jesús y María,
con un pintor eminente,
y parándose en la acera,
hablaron de esta manera
los dos, amistosamente:

—¡Saludo al que es una gloria!

—¡Saludo al vago!

—Ese soy.

¿Qué te haces?

—Pues, chico, estoy
pintando un cuadro de Historia.

—¡Será hermoso!

—Regular.

—Tu modestia es extremada.

—Y tú, ¿qué pintas?

—¿Yo? ¡Nada!

He dejado de pintar.

Era mi suerte angustiosa;
tiré lienzos y pinceles
y por no ultrajar á Apeles
me he dedicado á otra cosa.

—¿A otra cosa?

—De esa vivo.

Y no creas que en el ocio.
Me he dedicado á un negocio
que puede ser lucrativo.

—¡Un negocio!

—¿A qué asombrarte?

Tú eres un pintor de fama,
pero á mí Dios no me llama
por el camino del Arte.

—¿Un negocio? No me explico...

—Pues hasta hoy se me presenta
muy bien.

—¿Y cuál es?

—La venta
de muebles usados.

—¡Chico!

Es una idea excelente.

—Llevo un mes de negociante
y he ganado lo bastante
para andar algo decente.

¡Ya no temo hambres ni fríos!

—¿Vendes muchos muebles?

—Pues

en lo que llevo de mes
ya vendí... ¡todos los míos!





Pavoroso porvenir

El otro día un pavo que se hallaba
en la Plaza Mayor,
con altivo ademán, á sus colegas,
de este modo arengó:

—«¡Amigos! ¡Ciudadanos!
¡Basta de sufrimiento!